

Capítulo 1

Un recién nacido entre los espinos

Nuestro protagonista era un joven que vivía en uno de los poblados de las altas montañas. No tenía nombre, en el pueblo le llamaban Zarzo. Fue hallado en medio de un zarzal por un cabrero, quien, al oír los sollozos de la criatura, y con la ayuda de sus dos perros, acudió en su auxilio. Los habitantes del municipio se mostraron sorprendidos al ver su gran desarrollo, a pesar de que todos pensaban que solo tenía unos días de vida. La familia del pastor lo adoptó y le dio su apellido.

Durante dieciocho años, el muchacho creció fuerte, su cuerpo musculoso era admirado por toda la comarca. Su gran fuerza ayudaba a proteger a sus vecinos cuando estaban en peligro o si necesitaban auxilio en tareas difíciles. Todos los habitantes del municipio estuvieron pendientes de él, querían saber quién podía ser su madre. La única pista era la ropa con la que fue hallado, que tenía bordadas las iniciales R. C. G. y un blasón. Era de una persona importante, pero nadie de alto rango vivía en el pueblo ni en los alrededores.

Sus padres pensaron que debía investigar sus orígenes. El escudo y las iniciales bordadas en la tela eran todo lo que le podían ofrecerle para abandonar el poblado y ir en busca de su linaje. No quería irse, pero sentía la necesidad de descubrir sus orígenes. Su padre adoptivo, el pastor, también notaba esa sensación. Así como una voz le susurraba al oído.

—Masarón... Zarzo no es de aquí. Mándalo a que busque el lugar al que corresponde. —La voz le hablaba a través de sus sueños.

Con lágrimas en los ojos, el municipio entero despedía a Zarzo en un día muy caluroso. No se veía un amanecer tan tropical desde hacía décadas. El joven montó en un hermoso caballo que le habían regalado y, con provisiones para varios días, emprendió el viaje en busca de su origen. A medida que se alejaba del pueblo, sentía una mezcla de emoción y temor. No tenía idea de lo que lo esperaba en su investigación, pero estaba determinado a descubrir

la verdad sobre su procedencia. Mientras cabalgaba hacia el horizonte, sentía el viento a su espalda, parecía que le estaba animando a seguir sin desfallecer.

Los rayos del sol le abrasaban, la sed le atormentaba, su cantimplora se iba secando. Había creído que le sería fácil encontrar agua en su ruta, pero no pensó en que no conocía aquellas tierras, nunca se había alejado de su casa, únicamente para acompañar a su padre en sus viajes a las montañas. No tenía idea de dónde encontrar una fuente. Un camino sinuoso descendía hacia una llanura, al final de la cual se podía escuchar el rumor de un río. Zarzo entendió que la corriente era muy rápida, ya que era posible escucharlo a esa distancia. Con mucha cautela, el jinete y el equino bajaron por la vereda hasta alcanzar la orilla. Una vez que llegaron al río, bebieron el agua de ese cristalino arroyo. Parecía la antítesis, el caluroso día y el glacial líquido de ese torrente. Sus aguas aparentaban estar apresurándose para llegar a algún lugar en donde mezclarse con otras corrientes más cálidas. Una vez saciada la sed, llenó la cantimplora, apremiaba encontrar un espacio idóneo para almorzar que estuviera lo bastante fresco. Bajo unos árboles con una abundante vegetación, le pareció el lugar ideal. Le quitó la montura al caballo para que este estuviera cómodo y pudiera comer a gusto del abundante forraje que tenía delante de él.

Apoyado en el tronco de un grueso árbol, Zarzo abrió la mochila, cogió un trozo de queso, otro de morcilla y una hogaza de pan. Con la navaja, iba cortando cachos de pan, morcilla y queso. A pesar de tener un gran apetito, procuraba tomar pequeñas raciones, ya que no sabía cuánto tiempo le tendrían que durar. Mientras degustaba la comida, admiraba el paisaje. El río corría con gran velocidad y, si miraba hacia la derecha, podía ver que se elevaban unas montañas más altas que los montes que le habían visto crecer. Esperaba encontrar en breve una pista que le sirviese en su búsqueda, aunque sabía que no sería sencillo.

El equino, un animal inteligente, buscó una sombra después de haber ingerido toda la hierba que quiso. Al observar que el equino estaba descansando, él también pensó en ponerse cómodo y seguir su ejemplo. Zarzo, con la cabeza apoyada en el grueso tronco, dio unos cuantos bostezos. No quería dormirse, pues sabía que el camino iba a ser largo. A veces, unas suaves brisas de aire fresco le daban en la cara; en esos instantes, lo agradecía con alegría. El sonido de la corriente del río fue amainando hasta el momento en que no se oyó nada. Los gorjeos de los pájaros también cesaron de oírse. En la reducida pradera, un misterioso silencio reinaba en todo el paisaje. Zarzo se

estaba quedando dormido. Un fuerte guirigay le despertó con brusquedad. Abrió los ojos y observó a un ave negra que no cesaba de batir las alas y que, con su pico, emitía unos ruidos muy agudos. Zarzo, enfurecido con el ave de plumaje negro, le dijo:

—Pajarraco, ¿no tienes otro sitio donde hacer ruido y vienes aquí a fastidiarme con tu insoportable chillido?

Zarzo se puso en pie, agarró una rama que estaba cerca de él, y la arrojó al ave, casi rozando una de sus alas.

—Lárgate, cuervo de los demonios —le ordenó.

Una voz ronca y áspera respondió:

—Si me rompes el ala, pierdes los ojos.

Zarzo, que había alzado la mirada, observó a su alrededor en busca de la persona que había pronunciado aquellas amenazadoras palabras. No vio a nadie, aunque lo escudriñó todo. Otra vez le habló la misma voz:

—¿Qué está buscando, humano?

Zarzo, creyendo que se trataba de una broma de un campesino, le dijo:

—Estimado amigo, lo estás haciendo muy bien. Se podría decir que el cuervo habla.

—Por el momento, no somos amigos; no nos conocemos y le aclaro que aquí no hay nadie más que usted y yo, aparte de su caballo.

—No me puedes hacer creer que el cuervo razona como un ser humano. Te pido que salgas de tu escondite. —Zarzo continuaba insistiendo. Lo que estaba oyendo tenía que ser obra de algún bromista.

—No sé cómo decírtelo. Observa mi pico y presta atención, humano dubitativo.

—Te escucho, sin quitar mis ojos de tu pico negro.

—Menos mal, Zarzo —le contestó el pájaro.

—¿Cómo puedes saber mi nombre?

Zarzo se sorprendió muchísimo cuando oyó pronunciar su apodo por aquella criatura muy parecida a los cuervos comunes. ¿Estaba en presencia de un ser mágico o tan solo había perdido el juicio? ¿Cómo era que lo conocía? La única diferencia era que aquel pájaro era mucho más corpulento que los ejemplares que él había visto en por Alcano. Todavía se cuestionaba si aquello no era un sueño.

—Si me dices por dónde tengo que desviarme, te obedeceré. —Zarzo estaba convencido de que el extraño ser que hablaba era un artista circense.

El cuervo le dijo que lo más probable era que ya fuese demasiado tarde para eso. A continuación, silbó y el caballo de Zarzo se acercó sin prisa a ellos.

El muchacho se rascó la cabeza y dijo:

—Demonios, ¡qué brujería es esto! Un cuervo que habla como un humano. Si me pinchan en este mismo instante, no saldría ni una sola gota de sangre. —Después le preguntó al azabache volador—: He supuesto que eras un grajo. —Hizo unos segundos de pausa antes de continuar—. Te pareces a un cuervo, aunque eres mucho más grande que los ejemplares que yo conozco y sobre todo oscuro. ¿Eres de la Tierra? —Zarzo miró alrededor y exclamó—: Menos mal que no hay nadie por aquí, porque me gritarían diciéndome: «Zarzo, estás mal de la cabeza, vete al loquero».

El grajo, que escuchaba con atención las palabras de Zarzo, respondió con su graznido:

—Comienzo por la primera de las cosas que me has preguntado. No... no soy un cuervo, aunque puedes llamarme así. Segunda cuestión, no, no soy de este lugar y tú tampoco.

A Zarzo no le gustó la última contestación.

—¿Qué quieres decir con que no soy de aquí? ¿A qué te refieres, a este campo? En ese caso, no soy de este campo; mi hogar se encuentra en Montes de Alcano.

—Te equivocas, tu casa no se encuentra en Montes de Alcano. Tú no eres de la Tierra.

—¿Qué sandeces estás diciendo, bicho?

—Lamento tener que insistir. Sí, es la Tierra, pero ni tú ni yo pertenecemos a ella.

—Estás loco, cuervo. Yo soy de aquí, pues.

—¿Crees que en la Tierra los animales pueden razonar? Te lo mostraré. En estos momentos estamos cuatro.

—Debe de ser que estoy soñando —afirmó Zarzo—. Seguro que me he quedado dormido.

—Toma nota, chico. Tú y yo. Tú y tu caballo. Yo y mi caballo. Caballo para dos. Dos en un caballo.

—No me queda claro tu razonamiento. ¿Me lo explicas, por favor? Yo solo veo que somos tres. Ni siquiera puedes contar con los pájaros que hace rato dejaron de cantar. —Zarzo espera con una sonrisa en los labios lo que el cuervo le tiene que decir.

El grajo volvió a emitir su característico sonido. Un unicornio que se encontraba agazapado entre los matorrales se levantó y vino galopando hasta colocarse al lado del equino de Zarzo. El joven, al verlo, no pudo evitar soltar una carcajada. El hecho de que el pájaro hablara con él ya era bastante

sorprendente, pero la aparición de un unicornio a su lado lo dejó del todo atónito. Con voz entrecortada, comentó:

—¿Qué... es... este... bicho? Veo... a... un... jamelgo... con... un... cuerno... Me parece que me he muerto y no sé cuándo ni cómo me he pasado a mejor vida. Me marchó, debo llegar a mi destino antes de que pierda la cordura. Además, la noche se me echará encima.

Zarzo ensilló el caballo y, sin pronunciar una sola palabra más, se montó en él, cogió las riendas y le dijo:

—Vamos, Francesco, ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Ojalá no tengamos la visita de animales tan raros en el próximo descanso.

Zarzo se puso en marcha. Aunque todavía estaba un poco desconcertado por la extraña experiencia con el grajo y el unicornio, no quería perder más tiempo allí. Sabía que tenía que continuar adelante y deseaba avanzar lo más posible antes de que se hiciese de noche. A cierta distancia, le seguían el cuervo y el unicornio.

Llevaban dos horas caminando y no se habían encontrado con ningún ser racional ni irracional. Zarzo, muy extrañado, preguntó a Francesco:

—¿Dónde se encuentra la gente, Francesco? No veo nada más que campos. Quizás tú veas algo más.

El cuadrúpedo resopló varias veces, como si también estuviera confundido. El sol empezaba a bajar en el horizonte, y Zarzo comenzaba a preocuparse por la falta de un lugar adecuado para pasar la noche.

«¿Me habrá dicho alguna cosa con sus resoplidos?», se preguntó Zarzo.

Al instante se sintió indispuerto.

—¡Dios mío, creo que me estoy mareando! ¡Oh!... Dios mío, mi vista... no veo. Para, Francesco, so...

Zarzo descendió del caballo dando tumbos, hasta desplomarse en el suelo. Quedó inconsciente durante unos segundos. Al despertar, se dio cuenta de que no podía moverse, pero sí era capaz de escuchar el fuerte viento. Las astillas de madera volaban contra los troncos de los árboles. La ventisca aumentaba y transportaba toda clase de hojarascas. El vendaval duró unos treinta minutos. Zarzo se mantenía inmóvil, sin atreverse a abrir los ojos.

Escuchó con atención; parecía que ya el tiempo había alcanzado la tranquilidad. Incluso el sol comenzaba a calentar otra vez, ahora incluso con más intensidad que antes. Decidió mirar y lo que vio le sorprendió. El cielo estaba teñido de un intenso verde. Bajó los párpados de nuevo. No estaba viendo bien. Zarzo no podía creer lo que observaba, pero no podía negar lo

que sus ojos le mostraban. ¿Qué había pasado mientras estaba inconsciente? ¿Cómo podría volver a la realidad?

—Zarzo, ¿por qué tienes los ojos cerrados? —le preguntó el cuervo.

—El cielo es de un color verde intenso. Las viejas de los Montes de Alcano dicen que es un mal augurio.

—¿Perdón? Abre los ojos y verás lo azul que está.

Zarzo los abrió con miedo. El cielo tenía su azul habitual.

—Sin embargo, yo lo vi. Era verde como el tono de la hierba en los campos. Tú lo has tenido que ver. —Zarzo pensaba que el cuervo se estaba mofando de él. Se enfadó y añadió: —Voy en busca de mi pasado. Para eso tengo que encontrar el camino que me conduzca allí. Tú y ese caballo con cuerno me estáis entorpeciendo. Salid de mi vista.

Zarzo estaba convencido de que esos dos querían desviarlo de su propósito.

—Parece que todavía no has comprendido. Has cruzado la Puerta del Destino. Pero ojo, no es una puerta cualquiera, este acceso te ha llevado a...

—Sea como fuere, proseguiré mi cruzada. ¡Vamos, Francesco! No podemos parar.

El cuervo, que seguía a Zarzo, le dijo:

—El camino que buscas no está, por lo que no lo encontrarás. La ruta que ahora necesitas hallar sí existe. Por esa razón estás aquí. No tengo la más remota idea de cómo localizar el sendero. Te esforzarás en buscar la vía que te lleve a mi palacio.

—Todo está claro —dijo Zarzo al cuervo—, me has traído aquí con la única intención de llevarte a ti y al del cuerno a no sé dónde.

—No... a no sé dónde no... a mi castillo sí... —El cuervo, muy enfadado, reprochó a Zarzo.

—A mí también me gustaría regresar a mi hogar, aunque no sea un palacio —contestó Zarzo. Tampoco se encontraba de buen humor.

El unicornio se interpuso entre los dos y les dijo:

—Vamos a ver a quién de los dos le doy una coz. Nos sentaremos y aclararemos las cosas.

Zarzo aceptó la propuesta del unicornio y se detuvo.

—Yo diría que el camino de regreso será difícil si no conoces la ubicación de la Puerta del Destino —prosiguió el animal mitológico—. Y no lo puedes saber por sus frecuentes desplazamientos. Ahora te encuentras aquí, en nuestro planeta. Lo que yo opino es que mi amigo y compañero, el cuervo, debería concederte una ayuda. Eres sin duda una persona fuerte, incluso

más fuerte de lo que pareces, pero no será suficiente para la misión que te ha sido encomendada. Mi amigo tiene nombre igual que yo. Cuando él decida decírtelo, te lo diremos.

Zarzo se quedó pensativo tratando de comprender el argumento del unicornio.

Los cuatro, con la mirada perdida, contemplaban el horizonte. Francesco también se había incorporado al grupo. Mientras el unicornio hablaba, Francesco mostraba su dentadura, con lo que quería dar a entender que sabía sonreír o que también sabía morder, además de cocear si las moscas le molestaban. El cuervo rompió el silencio al decir:

—Dado que mi amigo ha dicho que también nosotros tenemos nombres, vamos a revelarlos. Yo soy Izo; él, una figura de la mitología, es Amo.

—¿Cuál es el significado de la palabra mitología? ¿Qué raza es esa? —preguntó Zarzo, ignorante.

—No es el momento de inquirir y menos a mí. Solicita una respuesta a quien inventó el mito. —Izo respondió con firmeza.

—Izo, dame una buena razón para que no te retuerza el pescuezo. —Zarzo le amenazó.

—¡Ay! ¿De dónde has sacado esa palabra? ¿Qué significa «pescuezo»? ¿Es una variedad de pescado? —preguntó Izo. Esta vez era el pájaro el que hablaba tonterías.

—¿Por qué te quejas?, aún no te he tocado. ¡A propósito, ya me gustaría que fueras un pez!

Amo golpeó el suelo con la pata derecha.

—Amigo Izo, si ya estás preparado para comunicarle a Zarzo la misión que tiene que emprender...

Zarzo le cortó:

—Compañero de viaje, señor caballo mitológico, ¿podría usted decirme por qué lleva ese ridículo cuerno? ¿Está usted emparentado con animales con cornamentas? En pocas palabras, ¿de dónde viene el término mitológico?

Con suavidad, Amo respondió a Zarzo, mientras se lo explicaba; Izo había levantado el vuelo y desaparecido sin despedirse:

—Mitológico viene de mitos, ¿y qué son los mitos? Yo soy un mito, según dicen. ¿Por qué se considera que soy una ficción? Porque vivo solo en el mundo de la imaginación.

Izo, con su griterío fuerte, volvió a imponer el mando frente a los demás.

—Ha llegado el momento de actuar. Con el transcurso del tiempo, todas tus dudas se irán aclarando y podrás resolverlas sin necesidad de hacer

preguntas. Debes encontrar la ruta que conduce al Campo de los Tulipanes. Allí hallarás el palacio de la reina Bella Tulia y te encargarás de expulsar al dragón de las orejas puntiagudas. Solo cuentas con tu caballo y tu fuerza física, que son pocos recursos para luchar contra Brisarte, el dragón. Necesitarás un arma a la altura del Guerrero de otro mundo. Mira bien por donde caminas, encontrarás la luz que te iluminará. Toma la espada y levántala lo más alto que puedas. Entonces, esta se encenderá y brillará con luz propia. En ese momento estarás listo para enfrentarte al dragón. Mucha suerte en tu aventura —explicó el cuervo.

Zarzo escuchó con atención las palabras del cuervo.

—No veo que tengo que ver yo con dragones y reinas. ¿Por qué he de colaborar contigo, pajarraco? —comentó Zarzo.

—Si me ayudas, yo te devolveré el favor.

Zarzo se sintió abrumado ante la responsabilidad que le habían encomendado. ¿Cómo podría enfrentarse a un dragón con tan solo la ayuda de su caballo y su fuerza física? Con un nudo en la garganta y el corazón latiendo a toda velocidad, Zarzo montó en Francesco y emprendió el camino hacia el Campo de los Tulipanes.